

www.elboomeran.com

GREGORIO CASAMAYOR
& A.G. PORTA

OTRA VIDA
EN LA MALETA

BARCELONA 2012



A CANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2012 by Gregorio Casamayor Pérez y A.G. Porta
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15689-06-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 27 895-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Durante el mes de julio de 2000 y por encargo de la escritora Virginia Solano, en ese momento en la cúspide de su carrera profesional, visitamos asiduamente a su hija en la cárcel de mujeres de Wad-Ras, sita en la ciudad de Barcelona. La tarea que nos fue encomendada y en la que participamos—justo será decirlo aquí y ahora—de común acuerdo y prestando nuestra plena colaboración, consistió en recopilar información de una etapa de la vida de la escritora que hasta la fecha había permanecido en la esfera de lo privado. Su hija, África Bonal, tenía veinticuatro años de edad cuando la entrevistamos y se hallaba en el centro de los acontecimientos que se relatan en este libro, sucesos en los que la relación madre-hija tuvo un papel muy relevante. Por aquellos días la muchacha había contraído una grave enfermedad de la que moriría pocos meses más tarde, por lo que al creerse en el último tramo de su existencia se había propuesto revelar lo que según sus propias palabras había sido «un momento oscuro sistemáticamente silenciado» de la vida de su madre. Aunque desconocemos cómo pudo llegar tal propósito a oídos de la escritora, sí fuimos testigos de primera mano de cómo se planificó la operación, ya que éramos sus editores y se nos eligió para negociar una entrevista en exclusiva con África Bonal, cuya aparente finalidad—o cuando menos ésa fue nuestra sospecha inicial—era proteger a la escritora de las declaraciones de su propia hija. Resultado de ese proceso son las grabaciones de los diálogos que mantuvimos tanto con la muchacha como con algunos personajes que habían formado parte de su entorno, del entorno de madre e hija. Interrumpido el trabajo por la muerte de África Bonal, la escritora no permitió que se hicieran copias del material reunido y nosotros aceptamos mantener la confidencialidad que tan delicada información requería.

Eso sucedió en el año 2000. En septiembre de 2006 Virginia Solano falleció en un trágico accidente. Recuperados de la conmoción, nos halagó y nos sorprendió saber que habíamos sido expresamente designados por la escritora como albaceas para la conservación y edición póstuma de su obra literaria y para los asuntos directamente relacionados con dicha obra que pudieran surgir. A lo largo de estos dos últimos años hemos tenido la ocasión y, si se nos permite la expresión, el privilegio, de acceder a un legado de distinta índole entre el que se halla la correspondencia acumulada por la autora desde 1993—a excepción de algunos fragmentos de sus diarios, nada había en sus archivos anterior a dicha fecha—, algunos manuscritos en distintas fases de elaboración—desde simples borradores hasta originales que por una u otra razón no había creído oportuno facilitar a su editorial—, y una carpeta dedicada en exclusiva a su hija, África Bonal, de cuyo contenido teníamos cumplido conocimiento por lo expuesto con anterioridad.

Fallecidos sus principales protagonistas, hemos creído conveniente, ambos editores de común acuerdo, poner este relato a disposición de los fieles lectores de Virginia Solano. No tenemos ninguna duda acerca de que ésa era la voluntad última de la escritora, ni tampoco el más mínimo temor a desvelar su intimidad, la relación que mantuvo con su hija o los avatares por los que su vida transitó durante aquel periodo. Y si afirmamos esto con total convencimiento es porque, al hacernos cargo de su legado, encontramos que la escritora había iniciado el proceso de darle forma al material, organizándolo por bloques y por fragmentos, como si de una novela se tratara, y sobre todo porque no se había molestado en censurar ningún pasaje. Editar este material, no obstante, ha resultado un trabajo sumamente complejo, ya que, si bien el proyecto se hallaba en una fase avanzada, aquí y allí aparecían lagunas, situaciones esbozadas con una sola frase, personas no presentadas debidamente, e incluso textos incompletos. Nuestra hipótesis es que, tras la muerte de su hija, Virginia Solano estuvo trabajando en este relato, si bien en algún momen-

to lo abandonó pensando en retomarlo más adelante, sin duda con la clara intención de que se publicara después de su muerte.

En 1992, a la edad de dieciséis años, África Bonal ingresó en un centro tutelar de menores e inició una larga y tormentosa trayectoria que finalmente la conduciría a la cárcel de Wad Ras. Sabemos que Virginia Solano, justificando graves problemas de salud, no asistió a ninguna de las sesiones del tribunal que condenó a su hija—tribunal que, atendiendo a su precario estado, le tomó declaración por escrito—, ni tampoco se tiene constancia de que acudiera más tarde a visitarla en prisión. De hecho, en el registro de visitas de los distintos centros penitenciarios por los que pasó la muchacha, y al margen de las nuestras y las de su abogado, no constan más que las visitas de su abuelo, fallecido en 1994, y las de su padrino, el dibujante Carlos Rodríguez. Tampoco hemos hallado entre la correspondencia de la escritora, ni entre los enseres que a la muerte de su hija le fueron entregados, carta alguna que se hubieran cruzado.

Por otra parte, y como parece obvio en un caso como éste, la muchacha nunca supo que su madre se encontraba en el origen de nuestra investigación, y si bien el contrato que suscribió con la editorial pretendía la publicación de un libro, en dicho contrato no se hizo constar fecha ni plazo para su edición y distribución en el mercado. Así, durante las numerosas entrevistas que llevamos a cabo, la confianza entre la entrevistada y los entrevistadores fue total. África Bonal habló libremente de la relación que había mantenido con su madre, así como de las circunstancias que rodearon la muerte de su padre, de modo que la mayor parte del material que presentamos a continuación procede de la transcripción más o menos literal de las grabaciones y de los escritos que ella misma redactó entre sesiones o en añadidos posteriores. Ésa fue una constante del proceso: África Bonal acudía a las entrevistas con textos aclaratorios, con frases escritas en trocitos de papel, con párrafos farragosos que ampliaban, maticaban o justificaban expresiones suyas que pudieran habernos pasado desapercibidas. Era tal su ansiedad que no podía dar un

tema por cerrado. Más tarde, como hemos podido comprobar, la misma Virginia Solano seleccionó, reescribió y puso orden en esos materiales y lo hizo en un registro que ha servido para marcar la pauta general del libro. ¿Qué pensaba hacer la escritora con esas entrevistas y textos manuscritos? Quizá esta pregunta deba formularse en dos tiempos: ¿qué pensó hacer antes de la muerte de su hija? y ¿qué pensó hacer después? Una cierta lógica parecía indicar que había confiscado la historia para luego reemplazarla por otra más acorde con sus propios deseos; la realidad nos ha mostrado, a la postre, a una Virginia Solano más preocupada por ofrecer a sus lectores una buena historia, una historia desgarrada pero en sintonía con la verdad percibida por su hija, y con la calidad de su contenido, que con la intención de dulcificar su propia biografía. Si la autora tenía o no las mismas intenciones en el momento de formalizar el encargo es algo que nosotros, sus editores, desconocemos.

Ya puestos, aprovechamos la ocasión para entrevistar a cuantas personas pudieran aportar algo de luz a la relación de Virginia Solano con su hija y también al periodo al que nos referimos. Uno de ellos fue el publicista Héctor Durán, con quien hubiésemos deseado hacer una excepción debido a que se relacionó exclusivamente con África Bonal y no con su madre, y al que se le asignó un rol de cierta trascendencia en esta historia. Sin embargo, pese a nuestra insistencia, fue imposible hablar con él debido a su reiterada oposición a ser entrevistado. Muy distinto, pero singular, es el caso del doctor Luna (para preservar su identidad, y la de las otras personas, hemos utilizado nombres ficticios), quien sostuvo una relación muy especial con ambas mujeres. En la época en que se llevaron a cabo la mayor parte de las entrevistas, el doctor también declinó participar en nuestro proyecto, y lo hizo alegando la confidencialidad debida en esta clase de relaciones profesionales. Ninguno de nuestros argumentos consiguió hacerle cambiar de parecer. Meses más tarde coincidimos con el doctor en el sepelio de África Bonal; junto a su padrino fuimos las únicas personas que acudimos al funeral, si exceptuamos al

cura oficiante y a un funcionario de prisiones, que representaba a la administración en el acto. Nuestra presencia en tan austera ceremonia, sin embargo, obedecía a razones de distinta índole puesto que acudimos como autores de las entrevistas y también como representantes de la editorial con la que había firmado un contrato, lo que casi constituía el último episodio en nuestra relación. Por su parte, el doctor asistió, según sus propias palabras, casualmente, porque poco antes África Bonal había ingresado en estado crítico en el hospital, y él había tenido la oportunidad de seguir su evolución en aquellos últimos días. Antes de acompañar el féretro hasta el pueblo de sus abuelos, con quienes África Bonal había pedido que la enterraran, y puesto que el doctor no tenía previsto viajar hasta allí, tuvimos ocasión de conversar unos minutos con él, lo suficiente para comprobar la afabilidad que desprendía la figura de aquel hombre, afabilidad por otro lado ya entrevista en nuestras conversaciones con la muchacha.

La siguiente oportunidad para hablar con el doctor Luna surgió seis años más tarde con la muerte de Virginia Solano, a cuyo funeral le pedimos encarecidamente que acudiera. Sólo entonces logramos entablar con él una conversación que en cierto modo podríamos calificar de franca. Fue en una cafetería y sin necesidad de magnetófonos. Tras la ceremonia, multitudinaria por la presencia de sus anónimos lectores, los tres preferimos alejarnos de las formalidades y de los consabidos discursos oficiales. Aun sin saber entonces que en pocos días iniciaríamos los trabajos para la edición de esta obra, en aquel momento nos pareció ineludible mantener el diálogo que a nuestro parecer había quedado interrumpido años antes. El café con el doctor Luna se convirtió en un intercambio de la información—llamémosla privada y privilegiada—que cada uno de nosotros disponía sobre aquellas dos mujeres que habían sido sus pacientes. Por nuestra parte estamos seguros de haberle aportado algunos datos que él desconocía, y haberle confirmado otros aspectos de los que tan sólo podía tener ligeras sospechas. No nos importa admitir que

inmediatamente después de aquel encuentro nos apresuramos a poner por escrito sus comentarios, ya que teníamos la impresión de que su punto de vista independiente—no sabríamos decir si objetivo—, por breve que fuera, añadía un aspecto esclarecedor, quizá el que más. Es por este motivo por el que, aunque las registramos con posterioridad a la mayoría del material seleccionado, hemos reproducido sus opiniones en un último intento de proporcionar un poco más de luz a todo este asunto.

Lo hemos apuntado antes, pero aun así no deja de sorprendernos ahora, pasado el tiempo, enfrentados finalmente al material que en su día ayudamos a recopilar, que Virginia Solano prefiriera desvelar unos pasajes de su vida cuyo contenido siempre nos pareció comprometido. El trabajo más arriesgado, aquel que implica la decisión sobre qué debe ser dado a conocer y la forma elegida para presentarlo—el de narración novelada, que es donde la autora se sentía más cómoda—, fue compuesto según su propio criterio; aunque no está de más asegurarle al lector que en su mayor parte se corresponde a la voz de la propia África Bonal, al tono que mantuvo a lo largo de las entrevistas, y a ese recuerdo que ella tenía de sus charlas con el doctor Luna. Así que con el material ya estructurado, sólo quedaba seguir el orden que la escritora había dejado establecido en los índices previos. Por lo demás, los editores hemos preferido relegar nuestra intervención a los detalles más formales a fin de favorecer un relato asequible—incluso respetando, en ocasiones, la confusa declaración de la muchacha—, evitando siempre que ha sido posible repeticiones innecesarias y eliminando comentarios que no añadieran nada a la historia, a la vez que hemos procurado mantener su frescura original. Aun tratándose de un texto en cierto modo inacabado, primero por la súbita interrupción de las entrevistas y, después, por la muerte de Virginia Solano, creemos que es nuestro deber ofrecer al público este complemento a la obra de la famosa escritora. Queremos pensar que desde el primer instante ella había ordenado los materiales como el proyecto que finalmente ha resultado ser. Tal vez su inesperada muerte lo haya truncado

en algún detalle. Su honestidad, si se nos permite decirlo, cuestiona nuestras propias creencias y especulaciones sobre los verdaderos motivos que la llevaron a encargarnos la serie inicial de entrevistas. Si bien, y para terminar, en aras de la verdad hemos de añadir y reconocer que nunca tendremos la certeza absoluta.

Barcelona, octubre de 2008